

Las elecciones presidenciales francesas *¿Reajuste o inflexión* *política?*

C

on la elección de Jacques Chirac a la presidencia de la República comienza en Francia una nueva etapa de su historia política. ¿Consistirá en un simple reajuste de la política anterior o representará una inflexión? El tiempo lo dirá. Los problemas sociales, económicos, de

africano, la situación confusa de las relaciones internacionales después de la autodisolución del bloque comunista piden sin duda alguna lo segundo. La mayoría de los electores también. En la primera vuelta lo han demostrado de modo contundente: el descontento del gobierno saliente y de catorce años de presidencia socialista se ha expresado con un voto masivo de protesta a los extremos, y un voto más que modesto para los candidatos institucionales. Si se adicionan los tres millones de ciudadanos que no se han molestado en inscribirse en las listas electorales, la mayor abstención, el número inusitado de votos blancos y nulos, a los votos obtenidos por la extrema derecha y la extrema izquierda se llega casi a la mitad de los votantes que suelen concurrir a las elecciones presidenciales en Francia. Esto no quiere decir que los extremos estén en auge, sino que el pueblo ha emitido un fuerte voto de protesta y ha pedido un cambio profundo de la política nacional. Ha habido motivos para ello.

Balladur, el gran perdedor que se daba hasta hace pocos meses como vencedor, ha decepcionado y su programa "continuista" ha sido rechazado. Los dos candidatos que han conseguido pasar a la segunda vuelta han tenido la habilidad de presentar dos versiones "renovadas"

**JUAN
DEL AGUA**

«Los dos candidatos que han conseguido pasar a la segunda vuelta han tenido la habilidad de presentar dos versiones "renovadas" de la derecha y de la izquierda —una derecha más social que liberal y una izquierda más democrática que socialista—, por utilizar expresiones que, como la realidad que designan, carecen de sentido preciso y no son más que



de la derecha y de la izquierda —una derecha más social que liberal y una izquierda más democrática que socialista—, por utilizar expresiones que, como la realidad que designan, carecen de sentido preciso y no son más que comodines lingüísticos que, como ocurre con muchos sondeos, los diferentes grupos que componen las llamadas clases dirigentes (que no hay que confundir con las verdaderas élites de un país) utilizan según sus conveniencias e intereses. No ha habido, pues, entusiasmo por parte de los electores y sí bastante escepticismo. Sin embargo, han cumplido con su deber electoral, y lo han hecho sin desesperanza, aunque parezca un poco paradójico.

En primer lugar, han elegido al que les ha parecido el menos malo de los contendientes; en segundo, han actuado con buen sentido, ya que el país no quería ni podía permitirse una "cohabitación" más; por otro lado, el resultado obtenido por el candidato, más social-demócrata que socialista, Lionel Jospin, ha sido justo y de "buena educación": no ha estado muy brillante, ni entusiasmante, pero ha mantenido a lo largo de su campaña un lenguaje consensual, no irritante, de buenos modales y sin demagogias. Creo que esta actitud de escucha y, en cierto modo, de modestia y deseo de hacer verdaderamente *algo* ha sido, por parte de los dos candidatos, lo más inteligente, agradable y positivo de esta campaña electoral. El estilo de la buena educación ha sido como un bálsamo para los males del país. Creo que los políticos y los medios de comunicación deberían tomar muy en serio el fuerte *deseo público* de veracidad y competencia en la vida política, si se quieren evitar las sorpresas de los cambios bruscos de la opinión (véase el ejemplo italiano), y si no se pretende vaciar de todo contenido real a la democracia, el único medio de que dispone el hombre de la calle para hacer oír su voz y de impedir que le confisquen descaradamente su porvenir.

Lo importante, pues, es que se atienda a los problemas reales y que se intente aliviarlos al menos; la composición del nuevo Gobierno induce a pensar que se ha elegido el buen camino, y dado el número de mujeres que hay en él, que van a tratarse de la manera más concreta. Para hablar de eficacia y acierto hay que esperar y dar crédito, dos cosas que se han olvidado bastante y que habría que reaprender. Entre otras razones, porque hoy —ni ayer tampoco, aunque pareciera lo contrario— nadie cree en las soluciones mágicas, ni que los problemas se arreglen de la noche a la mañana. Lo peor de este mundo no son los males y miserias, inevitables, sino la mentira y el desprecio hacia el prójimo.

Hay que subrayar fuertemente que los problemas actuales tienen mal apañó. El núcleo más visible es el paro existente en todos los países de Europa y la desigualdad creciente, y no sólo

«Creo que esta actitud de escucha y, en cierto modo, de modestia y deseo de hacer verdaderamente *algo* ha sido, por parte de los dos candidatos, lo más inteligente, agradable y positivo de esta campaña electoral. El estilo de la buena educación ha sido como un bálsamo para los males del país. Creo que los políticos y los medios de comunicación deberían tomar muy en serio el fuerte deseo público de veracidad y competencia en la vida política, si se quieren evitar las sorpresas de los cambios bruscos de la



económica, entre los diferentes grupos sociales que integran la sociedad. En realidad, lo más grave que ocurre es esto último: la desintegración social. Cuestión complejísima en la que entran muchas y trascendentes cuestiones, de las que no voy a mencionar más que una: *no hay trabajo*. Es un hecho paradójico, al menos en apariencia. No hay penuria económica; cada vez se crea mayor riqueza, existe mayor número de recursos. El nivel de vida (económica) aumenta. El sistema libre de mercado funciona bien y eficazmente. Sin embargo, el paro aumenta y, con él, el número de pobres y de mendigos. La causa principal no es un déficit de "justicia social", sino algo que tiene mucho peor arreglo. El progreso tecnológico que conduce a una cada vez mayor automatización de la producción es el causante principal del paro actual. Los robots no sólo mejoran los "standard" de calidad, sino que no precisan casi mano de obra. Lo que hoy se precisa son técnicos muy cualificados para realizar o inventar los programas que dirigen y controlan la producción.

La realización de los programas es cara y poseen un gran valor añadido; la producción de recursos por sí misma es poco costosa y, si no es gran consumidora de materia prima, en principio puede ser ilimitada. Podría pensarse que se está, por consiguiente, a punto de instaurar una verdadera "edad de oro" permanente, que la humanidad está a punto de realizar el sueño de vivir sin trabajar. La verdad es algo distinta: nos encontramos ante *un problema estructural* de la forma de vida actual, ya que afecta al *quehacer* cotidiano y regular en que la vida consiste, y al de la proyección e inteligibilidad de ese *quehacer* libremente elegido. Vivir es saber lo que se hace, por qué se hace y cómo se hace. Ahora bien, la situación actual no permite ese libre "ejercicio" de la propia vida. La automatización de la producción no sólo afecta a la posibilidad de la realización de la vocación personal, sino a la simple dedicación *de lo que hay que hacer*, lo cual también pertenece al ámbito de la razón y de la libertad. En vez de dominar y ser dueño de sí mismo, el hombre ha caído preso de una invención —la producción cada vez mayor y más barata de recursos— que no tiene más finalidad que la de su consumo arbitrario y la continuidad de la producción. La disparidad y el desequilibrio entre las finalidades o los fines y los recursos o los medios es tal, que afecta al fundamento mismo de la vida actual. Es obvio que nos hallamos ante un límite insuperable de una forma de vivir; que esta forma, si se prefiere, ha entrado en una fase de irremediable entropía. Se ha entrado, pues, en una nueva época que inevitablemente tendrá que ser de *cambio*, de un cambio a largo plazo, de larga duración, ya que no se cambia nada por decreto y que la modificación de la trayectoria tiene que efectuarse sin

«La verdad es algo distinta: nos encontramos ante un *problema estructural* de la forma de vida actual, ya que afecta al *quehacer* cotidiano y regular en que la vida consiste, y al de la proyección e inteligibilidad de ese *quehacer* libremente elegido. Vivir es saber lo que se hace, por qué se hace y cómo se hace. Ahora bien, la situación actual no permite ese libre "ejercicio" de la propia vida.»



producir catástrofes, es decir, suprimiendo hasta donde es posible en este mundo el mal, y no hundiendo en él y en la miseria a todos.

¿Qué se puede hacer desde el Estado para sacar a las sociedades europeas del atasco estructural en que se encuentran? Durante esta campaña presidencial francesa se ha hablado mucho de la "imparcialidad del Estado" y de la "moralización de la vida política". Los numerosos casos de corrupción en el mundo de la política y de las grandes empresas ha obligado a plantear tal demanda. Pero esto no basta. El Estado puede fomentar, dirigir, impedir la guerra u obligar a ella para impedir mayores males. Lo que no puede hacer es reemplazar la acción de los ciudadanos. Son éstos los que deben tomar su vida en peso, responsabilizarse de lo que han elegido hacer y ser. La moralización del Estado, o más bien remoralización, debe extenderse al conjunto de la vida social, de los usos y vigencias que la constituyen y que son "verificadas" o rechazadas por cada persona que las acata, dándolas nuevo vigor, o debilitándolas, ya que repugnan a su conciencia (cuando se tiene y es recta), por lo que la moralización del Estado y de la sociedad debe comenzar por la de uno mismo. Esto es lo más difícil, pero lo fundamental. Con un Estado corrompido y una sociedad sana se anda mucho camino. La historia está llena de ejemplos, aunque, salvo excepciones, no de este siglo. Con un Estado fuerte y una sociedad desmoralizada no se puede hacer gran cosa. Una sociedad desmoralizada es una comunidad que ha perdido el gesto espontáneo de la solidaridad, que se mueve en medio de un individualismo sin escrúpulos y sin ley; sin alma y más depresiva que enérgica.

Por eso me ha parecido conmovedor —y esperanza-dor— ver desde hace unos años, incluso antes de que la crisis actual tuviera la visibilidad de hoy, como el viejo pueblo francés (una parte considerable de él) iba modificando los insensatos usos consumistas en que se había instalado durante los años sesenta. Se dice que es por temor al paro, pero la respuesta no me convence. A pesar del paro y del aumento de las desigualdades, Francia ha aumentado su riqueza y es hoy uno de los países más prósperos del planeta. Y sin embargo se gasta y se organiza la vida con mayor coherencia y sentido que hace diez años. Es más, ante la inesperada miseria ajena, el viejo fondo cristiano de los franceses se ha despertado y existe más solidaridad y preocupación que lo que podía esperarse. A pesar de la insistencia estúpida de una publicidad degradante, y de una propaganda difusa que incita al hombre a privilegiar sus instintos más groseros y sus pulsiones más alienantes. Hay muchos, desgraciadamente, que están empeñados en que el hombre no salga del atolladero y el horizonte está muy lejos de parecer despejado.

«¿Qué se puede hacer desde el Estado para sacar a las sociedades europeas del atasco estructural en que se encuentran? Durante esta campaña presidencial francesa se ha hablado mucho de la "imparcialidad del Estado" y de la "moralización de la vida



Sin embargo, el sesgo de la vida, aunque frágil e inseguro, es de clara ascendencia. El diagnóstico tiene que ser, pues, prudente, pero no hay que olvidar que el hombre es *también capaz* de lo mejor, y no perder esperanza.

Por eso considero un acierto el hincapié que Chirac ha hecho durante su campaña en la indispensable "liberación de la energía nacional". La expresión no es muy clara y afortunada, pero su significación es bastante precisa: cada palo deberá aguantar su vela. No se arreglarán los problemas si cada ciudadano no echa mano de su buena voluntad y de su inteligencia imaginativa. Sólo, en efecto, dentro del ámbito de la vida personal, de la familia de la empresa o lugar donde trabaje, es decir, sólo de un modo concreto, cotidiano y en estrecha unión o conexión con los demás se podrán ir inventando las ideas, los valores, los recursos, redescubriendo las virtudes con las que poder ir realizando *poco a poco* la "refundación" de las formas de la vida que constituyen nuestra civilización. El Estado, los políticos tienen la obligación de fomentar las posibilidades que coadyuven a mejorar la situación, como garantizar una justicia según derecho y una instrucción pública que permita la igualdad de oportunidades y la difusión de una memoria histórica veraz, condición de la imaginación colectiva y de una identidad clara y abierta al otro. Su deber, por tanto, es *servir*, no aprovechar su prepotencia para servir los intereses de unos pocos. Pero la vida de una nación se nutre de lo que *hacen* libremente los hombres y mujeres que en ella moran. La sustancia de su historia no se fragua en los campos de batalla, sino en el crisol de las vidas cotidianas, desde la más humilde hasta la más genial. El nuevo presidente ha focalizado su campaña en la solidaridad, la imaginación y la moralidad. Las tres cosas, en verdad, van juntas. Muchas y muy variadas condiciones y virtudes van a ser necesarias, y lo serán por largo tiempo (las condiciones, las virtudes lo son siempre), para dar alguna realidad concreta a tales ideales, y salir de una época que ha vivido sin norte y sin querer asumir el peso de la condición humana. Había que empezar, pues, por lo más elemental: recordar la realidad. Sin paciencia y sin constancia y, por qué no decirlo, sin caridad, no se irá lejos. Pero no siempre lo peor es inevitable. El mandato de Jacques Chirac ¿será un mero reajuste de la política anterior o representará una inflexión? Y si esto último ¿en qué grado? ¿Existe *realmente* la voluntad de arreglar las cosas? El tiempo, y los franceses, lo dirán.

«Con un Estado fuerte y una sociedad desmoralizada no se puede hacer gran cosa. Una sociedad desmoralizada es una comunidad que ha perdido el gesto espontáneo de la solidaridad, que se mueve en medio de un individualismo sin escrúpulos y sin ley; sin alma y más depresiva que

